



El Hombre y la Máquina

ISSN: 0121-0777

maquina@uao.edu.co

Universidad Autónoma de Occidente

Colombia

Buenahora Molina, Giobanna

Leer: ¿de qué estamos hablando?

El Hombre y la Máquina, núm. 33, julio-diciembre, 2009, pp. 4-7

Universidad Autónoma de Occidente

Cali, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=47812225001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Leer: ¿de qué estamos hablando?

Eduardo Galeano afirmó que él hacía parte de la generación a la cual le era imposible deshacerse de las cosas. Aquellos que guardan los cubiertos desechables por si algún día hacen falta, que completan la vajilla con los vasos de mermelada, o coleccionan cajas por si alguien tiene que mudarse. Todos tenemos en la familia a un representante de esta especie; son ellos quienes han declarado la crisis de los valores y las costumbres. Bueno, también, vale decirlo, el mundo intelectual y académico afirmó que el sujeto estaba condenado y las verdades eran relativas. Es decir, el siglo XX y el XXI se definen por la angustia y el malestar de la incertidumbre.

Este asunto de “la crisis” ha dado para todos los ámbitos y quizá el más popularizado es el de la crisis de la lectura, que para nada es nuevo, pues desde el siglo XIX los maestros anunciaban que la lectura estaba desapareciendo. En el siglo XX, amparados en esa preocupación, se puso de moda la promoción de los hábitos de lectura y aparecieron los promotores de lectura, agenciados por los ministerios de Educación y de Cultura, porque era necesario que niños y adultos leyeran. Y han desempeñado un importante papel como mediadores del libro y de la lectura; son ellos quienes han establecido lazos entre la biblioteca y la comunidad, han desarrollado estrategias como el burro lector o el bibliobús para que el libro también sea visto como un producto de consumo cultural.

El asunto con la promoción de los hábitos de lectura, o mejor, de las prácticas de la lectura es que nos lleva a un cuello de botella, porque rara vez nos detenemos a pensar en qué consiste la tan mencionada crisis de la lectura. Y eso precisamente es lo que dificulta el trabajo de los promotores y maestros; además, porque apenas estamos entendiendo que esas prácticas lectoras es indispensable desarrollarlas desde los primeros años de infancia, pues es entre los cero y los cinco años cuando se debe iniciar la socialización e internalización de la lectura porque allí reside nuestro primer ingreso a la cultura. Desde esos primeros cuentos, historias, relatos que escuchamos y nos leen en voz alta se construye nuestro más profundo universo atesorado.

Es cierto que algo se quebró en la historia de la lectura, que las prácticas han cambiado y que ya no leemos de la misma manera que una mujer del siglo XIX. Y esto es realmente lo que cambió; no hemos dejado de leer nunca, la gente sigue leyendo en las calles, en los parques, en las bibliotecas, en los salones de clase, en sus casas, en los buses, y si así no fuera periódicos como el *Q'hubo*, por ejemplo, no se venderían.

Entonces, la crisis es de un cierto orden de lectura. Los jóvenes siguen leyendo, pero son otras lecturas y otros modos de leer. La historia nos ha demostrado que la lectura cambia, se refunda y crea nuevos públicos lectores.

Estamos de acuerdo en que leer es intrigarnos, provocarnos y encontrar los indicios que nos permitan construir sentido para poder hacer conjeturas sobre el mundo. Siempre, a pesar de la poca fe que profesamos en este mundo desencantado, estamos codiciando el sentido, queremos hacer parte de lo que Raymond Williams llama “estructura de sentimiento”.

La estructura de sentimiento es la pulsión de una época manifestada en el arte, y las consecuencias de esa pulsión en la praxis cotidiana. Los públicos lectores responden a esa estructura de sentimiento de la cual son herederos, porque, aunque sea intangible, esa pulsión influye en la construcción de sentido, en las significaciones y en el consumo. En este contexto lo que debemos evaluar es cuál es la experiencia lectora de nuestra época para que la lectura pueda ser validada y legitimada. Es decir, que la crisis de la lectura viene a ser entonces la dificultad que tenemos para encontrar una nueva significación social a las prácticas de la lectura.

Graciela Montes afirma que es como «si confluyesen, por un lado, un conjunto de “ideas acerca de la lectura”, bastante cristalizadas, resabio de la estructura de sentimiento de un momento histórico anterior, y, por el otro, un estado de ánimo –el correspondiente a la época– en el que la práctica de la lectura no termina de encontrar su sitio. Hay un desencaje, el desencaje nos provoca desasosiego, y el desasosiego nos lleva a multiplicar los discursos, que, cuando cristalizan, se convierten en trampas.»

Ya hemos dicho que la lectura cambia, se transforma, entonces, ¿por qué seguir insistiendo en que la lectura sea la misma, se lea de la misma manera y la posición del lector no se altere?

La lectura siempre ha sido una llave para un pensamiento liberador o dogmático y domesticador, sufre esa ambivalencia. Así el lector se debate entre el dogma y la libertad. Desde cualquier orilla un leer es significativo, entraña sentidos diferentes. Esa imagen del lector embebido en el libro, extasiado en la letra y desconectado del mundo que alcanzaba la libertad del espíritu y el pensamiento, es la imagen que nos acompaña, a la que nos acostumbramos y extrañamos. Para este lector la lectura tenía sentido, era parte indispensable de su vida, era respirar, era su mundo personal, lo convertía en un ser de universos autónomos.

Eso es lo que extrañamos cada vez que decimos que la lectura está en crisis. La significación y la idea romántica de que la lectura nos salva y nos hace mejores seres humanos. A eso es a lo que le seguimos apostando. El problema es que, en este nuevo orden de lectura, confundimos masificación con significación, y las estadísticas nos dicen que Colombia es un país sin lectores porque compramos pocos libros.

Y en ese afán entre el consumismo y la significación, se genera el culto al libro impreso y se satanizan las nuevas formas del libro, como si este, a lo largo de la historia de la humanidad, hubiese sido siempre el mismo. El apocalipsis para maestros, escritores, editores, libreros, promotores, bibliotecarios y todos aquellos que se resisten a la idea de que nuestra estructura de sentimiento

ha cambiado, y con ella las prácticas y las maneras de ver y construir significado del mundo. Lo cierto en esta crisis es que la lectura está cambiando; eso nos lleva a la simple conclusión de que hay que refundarla, darle un nuevo sitio, relacionarla con la pulsión contemporánea.

La lectura *cero* es la que hay que preservar, ese primer asombro que despierta la letra. La letra como arcano sagrado y ritual que nos devela que estamos vivos, que podemos descifrar el universo, y quizá conquistarlo. Esta es la lectura que no puede desaparecer, y que la mayoría de las veces es reprimida en las escuelas, y nos niega la perplejidad, el enigma.

Vista así, la lectura es una actividad de por vida, en toda nuestra vida. Esto para nada es una intención de disminuir el valor de la escuela en la enseñanza, pero lo cierto es que a pesar de la preocupación de la sociedad por el tema, la responsabilidad parece recaer en los profesores de español y literatura, escritores, editores, promotores de lectura y bibliotecarios. Esta quizá es la mayor dificultad a la hora de enfrentarse a la “crisis” de la lectura, porque no entender que la lectura es un fenómeno transversal a todo el ejercicio cotidiano de nuestras vidas, la separa y la pone en un sitio de falsa trascendencia.

Esta trascendencia de la lectura la aleja de su sitio natural, y nos hace creer que es reservada para seres especiales alejados de lo cotidiano; al contrario, la apuesta debe ser por enseñarles a los niños y jóvenes que la lectura es una práctica a la que todos estamos espontáneamente abiertos.

No vamos a desconocer que los textos proponen formas de lectura especializada y que esto ha generado un universo cultural complejo con un tipo de lector específico, el lector erudito. Y eso está bien, es necesario, pero la única alternativa para volver a instalar la lectura como una práctica vigente extendida es recuperar la necesidad básica de los seres humanos de descubrir el mundo y entender que la lectura y el libro son los mecanismos perfectos, y no se contradicen con otros discursos.

La respuesta no está en acusar a la televisión, a la Internet, al cine o a los juegos de video. La búsqueda debe iniciar en entender cuál es la estructura de sentimiento de nuestra época, en la que es evidente que la lectura no está de moda (esa lectura inicial), aunque estemos al tanto de las novedades editoriales. En el libro (sin importar su soporte material) se condensa el acto de lectura, por eso es tan importante su adquisición, porque son las transformaciones materiales del libro las que nos enfrentan a las nuevas formas de leer. No es necesario asumir una actitud de secta ante las

nuevas tecnologías. Creo que las Ferias del Libro poco a poco han ido demostrando que el libro impreso aún está vigente pero que es necesario exponer los avances en los soportes materiales.

En este punto tenemos que acudir nuevamente a los profesores de todas las áreas y a los promotores de lectura. Las actividades de promoción de la lectura se concentran en el hacer cosas, en leer por placer, un concepto de Roland Barthes que ha sido desdibujado y descontextualizado y terminó por convertirse en «“divertirse leyendo” o “leer cosas fáciles, divertidas y que no traen problemas” o “leer cómodamente sentado en un almohadón”, que también era una manera de *aggiornar* la lectura al tono de la época. Es de suponer que unos textos “hacían pensar” más que otros, pero los que “hacían pensar” entretenían tanto y tan bien como los otros. En cambio, el mandato de “lo divertido” produjo un gran recorte en las lecturas y una homogeneización que creó condiciones negativas a la práctica.» (Graciela Montes).

Quizá el afán de equiparar la lectura a las nuevas formas de entretenimiento que ofrece la sociedad actual ha generado este tipo de prácticas lectoras que bien se pueden resumir en leer por leer sin construir significados. Si a esto le agregamos la ausencia de maestros y promotores lectores, el panorama es mucho más grave. Es difícil transmitirle al otro el amor por la lectura, por el libro, si quien enseña no hace parte de una comunidad de lectores y ha olvidado su relación primaria con la lectura. Creo que este es uno de los asuntos que entraña mayor dificultad en la legitimación de la lectura en nuestra época.

La insistencia en los hábitos de lectura, en leer por placer, es decir, por entretenimiento, ha terminado por despojar a la lectura de su carga de insubordinación y deseo. Si bien respondemos a un orden de lectura que es impuesto por los lineamientos generales de educación y que se sustenta en la construcción de un canon, indispensable conocer, la lectura nos permite la distancia y la rebeldía necesaria para subvertir ese orden. ⚙

GIOBANNA BUENAHORA MOLINA

Profesora de la Escuela de Estudios Literarios, Univalle
Coordinadora Simposio Internacional Jorge Isaacs.
Feria del Libro Pacífico